



Mujeres en Empleo Informal: Globalizando y Organizando

Serie de WIEGO, Vida de los trabajadores N° 1

Marzo de 2012

Dios es mi despertador

por Deia de Brito¹

Doña Maria Brás fue una fuerza incansable en la lucha de los recicladores en Brasil para superar la persecución y ganar respeto y seguridad como miembros de empresas cooperativas.



Doña Maria Brás toma el autobús al final de la calle para poder llegar a su turno en la cooperativa ASMARE de recicladores a las 7 a.m.; ha trabajado ahí durante dos décadas. Después de bajar del segundo autobús, se detiene para saludar a un vendedor ambulante que le hace un batido de papaya fresca.

Esta mañana, como cada mañana, Doña Maria Brás despierta poco después de las 5 a.m. sin un reloj despertador. El cielo está oscuro y la luz de las bombillas en su casa es tenue. “Dios es mi despertador”, dice la mujer desdentada, de piel oscura y largas trenzas, mientras remoja un pedazo de pan blanco seco en el café negro azucarado. Llena un recipiente de metal con un almuerzo de frijoles y arroz para el largo día de trabajo. Da de comer las migas a una familia de cachorros que esperan afuera de la puerta de la cocina. La madre de 65 años de edad, tuvo nueve hijos, pero le gusta decir que todos son sus hijos. Con los años, ella ha adoptado algunos más y los ha criado como si fueran suyos.

El sol comienza a subir en Belo Horizonte, la tercera metrópolis más grande de Brasil. Una ciudad montañosa en el sureste del país, conocida tradicionalmente como el centro de procesamiento para la industria minera de la región, la cual le dio su nombre al estado Minas Gerais, o Minas Generales.

Durante la semana, las tiendas del centro y los vendedores ambulantes viven del caótico tráfico en las aceras de adoquines, y todos los domingos, un reconocido bazar denominado el *feira hippie*, o feria hippie, cierra un bulevar central de la ciudad. En los últimos años, los vendedores han pasado de la venta de productos artesanales hechos de piedras locales, metal y madera a la joyería barata y chucherías de plástico importadas de China. Es un cambio que ha ocurrido en todo Brasil, ya que el país se ha convertido en una de las economías de consumo más grande del mundo.

Doña Maria Brás toma el autobús al final de la calle para poder llegar a su turno en la cooperativa ASMARE de recicladores a las 7 a.m.; ha trabajado ahí durante dos décadas. Después de bajar del segundo autobús, se detiene para saludar a un vendedor ambulante que le hace un batido de papaya fresca.



Belo Horizonte. Foto: Wikimedia Commons

¹ Deia de Brito es una periodista que vive en Río de Janeiro, Brasil. Recientemente se graduó de la Universidad de California, *Berkeley Graduate School of Journalism*. Ella creció en California, Massachusetts, y en Brasil. Esta es una versión modificada de la primera publicación en la edición de Diciembre de 2011 en *New Internationalist*.



Cooperativa ASMARE de recicladores. Foto: L. Tuttle

La cooperativa se encuentra en la *Avenida do Contorno*, una vía pública cuyo nombre en portugués significa “rodear”, porque la calle forma un círculo alrededor del centro de Belo Horizonte. En algunas partes de su recorrido, la calle pasa por barrios residenciales de clase media-alta repletos de tiendas exclusivas y altos condominios, uno famoso por haber sido diseñado por el famoso arquitecto modernista Oscar Niemeyer.

Pero, dónde la avenida rodea el borde del centro, cerca la estación principal de autobuses y las bodegas, la calle tiene una atmosfera más escabrosa. Aquí, corre paralela sobre las turbias aguas del río Arrudas, donde unos cuantos valientes habitantes guardan sus pertenencias en sus peligrosamente delgadas cornisas, solamente accesibles con escaladas hazañosas. Es en esta área, cerca del bullicioso distrito comercial del centro, donde los depósitos de reciclaje han establecido sus negocios y donde la mayoría de los recicladores de la ciudad han recolectado históricamente materiales reciclables durante el día y han dormido junto a sus carritos en la noche.

Doña María Brás camina unas pocas cuadras y espera la luz verde en la *Avenida do Contorno*. A su izquierda, hay un depósito de reciclaje tradicional, no uno colectivo liderado por recicladores, sino uno como los centros de reciclaje en los Estados Unidos, donde la gente toma sus materiales reciclables para venderlos y recibir el pago en el acto.

Los recicladores llegan a este depósito con carritos y carretillas improvisadas y se aglutinan en líneas caóticas por la acera para pesar lo recolectado durante el día, por lo que normalmente reciben a cambio cerca de quince reales u ocho dólares. Algunos cojean, a otros les faltan dientes, o tienen cicatrices. Unos días antes, un reciclador que carecía de domicilio advertía sobre este tipo de lugares, diciendo que están llenos de hombres ruidosos, borracheras, y gente desquiciada. Pero también hay gente buena, decía.

El rótulo es visible al otro lado de la calle desde el paso de peatones desde donde ella espera. Pintado en letras grandes y de molde en un trozo de muro de cemento, con las nubes tenues de verano como telón: **ASMARE.**

En el interior, sus compañeros de trabajo, con camisas azules con el nombre de la cooperativa, empujan apresuradamente carritos de madera (hechos a mano en el mismo taller) varias veces su tamaño repletos de papel y plástico a través de la entrada.

Doña Maria Brás conoce estos depósitos muy bien, pero ella está de camino a un lugar diferente. El rótulo es visible al otro lado de la calle desde el paso de peatones desde donde ella espera, Pintado en letras grandes y de molde en un trozo de muro de cemento, con las nubes tenues de verano como telón: ASMARE. Es un acrónimo en portugués que significa *Asociación de Papel, Cartón y Materiales Reciclables*; una de las primeras cooperativas de recicladores que se formaron en Brasil.

En el interior, sus compañeros de trabajo, con camisas azules con el nombre de la cooperativa, empujan apresuradamente carritos de madera (hechos a mano en el mismo taller) varias veces su tamaño repletos de papel y plástico a través de la entrada. Otros, clasifican una montaña de materiales apilados en el piso de concreto. Una niña de no más de cuatro años, de trenzas y moños, camina, sosteniendo un cepillo de dientes en una mano y se aferra a la mano de una señora con la otra. Un trabajador adolescente cansado está sentado encorvado en un barril, sus pies sin zapatos colgando. La escena no es tan diferente que la del otro lado de la calle —los recicladores de ASMARE fueron alguna vez recicladores independientes como los que hacen línea en el depósito de reciclaje.

Pero la diferencia es monumental. Como cooperativa, cuentan con un espacio propio en el almacén para trabajar y venden lo que recolectan como grupo. Aún van a las calles diariamente y recogen latas, botellas y plásticos, pero los traen de vuelta al almacén para venderlos al por mayor y obtener un mejor precio que si lo vendieran por su cuenta. En el depósito satélite de ASMARE a sólo unas cuadras de distancia y en otras cooperativas de la ciudad, los camiones municipales de reciclaje vacían en los pisos de los almacenes en caóticas, ruidosas y polvorientas operaciones cargas el material recogido en los vecindarios. Los recicladores trabajan sin cesar en la clasificación de las interminables montañas, como Sísifo empujando su roca hacia la cúspide de la colina.

• • •



Un compañero de trabajo de Doña Maria en ASMARE jala un carrito cargado. Foto: D. Tsoutouras

Los recicladores en Brasil han existido por más de medio siglo, pero no fue sino hasta 1990, con la formación de ASMARE, que comenzaron a organizarse. Desde entonces, los recicladores en todo el país han obtenido acuerdos formales con ciudades y pueblos, estableciéndose como proveedores oficiales de servicios de reciclaje en cientos de municipalidades. En los últimos siete años, solamente Belo Horizonte, han nacido ocho nuevas cooperativas. De acuerdo con el movimiento nacional de recicladores, en todo Brasil, se estima que en la actualidad hay 500; y su número va en aumento.

A medida que el sol calienta la ciudad e inicia el turno matutino, los trabajadores de ASMARE comparten pan y café de sus termos. Algunos forman un círculo alrededor del montón de papel apilado en el suelo. Algunos mueven cajas vacías y cubos de pintura para sentarse e iniciar la clasificación. A medida que más miembros van llegando, el círculo crece y súbitamente hay alrededor de diez personas, todos metiendo mano simultáneamente en el centro del montón para buscar el mejor material. Los trabajadores se burlan sin malicia entre ellos mientras separan los materiales. Algunos de ellos están involucrados sentimentalmente, otros son madres e hijas o hijos, y otros son hermanos.

Los recicladores, como Doña Maria Brás están orgullosos de ser miembros de una cooperativa y de haber jugado un papel en un movimiento en expansión. Ella y otros fueron parte de lo que Fátima Abreu —una ex funcionaria del gobierno que realizó programas de extensión con recicladores en la década de 1990— denominó un “experimento revolucionario”. Sin embargo, muchos de los recicladores que formaron parte de este experimento sienten que no fue suficiente.

Actualmente, la municipalidad paga parcialmente por el alquiler y los servicios públicos. Los trabajadores tienen que competir por fondos gubernamentales y privados para adquirir mejores equipos, gran parte del equipo actual está muy desgastado y esto afecta la productividad. Y la productividad lo es todo, ya que su ingreso depende de él. Pero también lo son los precios. El dinero que generan de la venta de materiales reciclables a los intermediarios no proporciona una fuente confiable de ingresos, ya que los precios de la materia prima cambian constantemente. El objetivo a largo plazo es ser tratados como los demás empleados de la ciudad y obtener contratos, con beneficios por el servicio público que prestan.

Sin embargo, la mayoría dice que la experiencia de unirse a una cooperativa ha servido para mejorar sus vidas. Algunos han pasado de no contar con domicilio y ser analfabetas a asumir roles de liderazgo que les han brindado la oportunidad de hablar en conferencias alrededor del mundo. El tipo de poder que ejercen era algo inaudito hace dos décadas.

“Hace muchos años, los recicladores eran invisibles, incluso para los sociólogos”, dijo Sonia Dias, una socióloga que inventó el término *lixologa* o *garbologist* —una persona experta en el estudio de la basura— para describir su profesión.

“En aquel entonces, nadie hablaba de los recicladores”, dijo, refiriéndose a los días antes de la creación de ASMARE. “Cuando los ingenieros pensaban en ello, se trataba sólo de los aspectos técnicos y administrativos; los residuos eran residuos”.

Al igual que muchas personas que trabajan en estrecha colaboración con los recicladores, gran parte de las piezas de arte que adornan la casa de Dias están hechas de materiales reciclados por los recicladores: un mapa de África hecho de tiras de latas de refresco, una mesa hecha en el taller de carpintería de ASMARE, un Buda de papel maché. Dias frecuenta los bares y restaurantes

Los recicladores, como Doña Maria Brás están orgullosos de ser miembros de una cooperativa y de haber jugado un papel en un movimiento en expansión. Ella y otros fueron parte de lo que Fátima Abreu —una ex funcionaria del gobierno que realizó programas de extensión con recicladores en la década de 1990— denominó un “experimento revolucionario”. Sin embargo, muchos de los recicladores que formaron parte de este experimento sienten que no fue suficiente.

La ciudad firmó un acuerdo con los recicladores activistas en 1993. La ciudad pagaría el alquiler y la electricidad en un almacén propiedad de los recicladores. Al mismo tiempo, la ciudad modificó su constitución para que ésta estipulara que las cooperativas deberían tener prioridad para la recolección de materiales reciclables.

de ASMARE en el centro —Reciclo 1 y 2—, donde los miembros trabajan como cocineros y meseros y donde el arte expuesto en todas sus paredes, hecho de materiales reciclados, se encuentra disponible a la venta. Estos locales son lugares populares donde la gente viene a ver grupos de samba.

En 1973, la ciudad cerró su botadero a cielo abierto después que un deslizamiento de tierra matara a decenas de recicladores que trabajaban y vivían del lugar. La ciudad construyó un relleno sanitario en su lugar. A los recicladores que habían trabajado en el botadero se les prohibió trabajar en el nuevo relleno sanitario, por lo que muchos comenzaron a recolectar materiales reciclables en las calles de la ciudad. Al gobierno no le gustaba el crecimiento de los recicladores en sus calles, dijo Dias.

Pero con un cambio en el gobierno municipal de la ciudad llegó el "experimento revolucionario". Con la ayuda de monjas de la Arquidiócesis Católica y otros abogados de su causa, quienes reconocieron que el abuso de drogas, la falta de vivienda, y los trastornos mentales a menudo iban de la mano con la profesión, la ciudad firmó un acuerdo con los recicladores activistas en 1993. La ciudad pagaría el alquiler y la electricidad en un almacén propiedad de los recicladores. Al mismo tiempo, la ciudad modificó su constitución para que ésta estipulara que las cooperativas deberían tener prioridad para la recolección de materiales reciclables. ASMARE comenzó con 20 miembros. Hoy en día, cuenta con cerca de 300.

En la última década, el gobierno de Belo Horizonte, ayudó a iniciar ocho cooperativas de recicladores nuevas. En 2003, hizo un llamamiento a los desempleados, especialmente a madres solteras, a inscribirse para trabajar en las nuevas cooperativas. Personas que nunca habían tocado materiales reciclables en su vida de repente llegaban para la clasificación de materiales reciclables en las nuevas cooperativas. Los camiones que recolectan materiales puerta a puerta comenzaron a recoger los materiales reciclables en 30 barrios de la ciudad y a descargarlos en las cooperativas, donde los trabajadores los clasificaban.



El plástico se funde para hacer bolas de plástico. Foto: L. Tuttle

Mientras el número de cooperativas se fue multiplicando en la ciudad, ASMARE continuó expandiéndose. La cooperativa original se alió con otras cooperativas en el estado para formar una red llamada *Cataunidos* o “Recicladores Unidos”. En lugar de vender sus materiales reciclables de forma individual, las nueve cooperativas comenzaron a venderlo en cantidades aún más grandes, combinando sus materiales para que pudieran venderse a precios más altos a compradores grandes. Luego, la red *Cataunidos* abrió la primera fábrica de plástico manejada por recicladores en toda América Latina en una zona poco desarrollada de Belo Horizonte, donde los trabajadores derriten el plástico que llega de las cooperativas y lo convierten en bolas de plástico que venden a los fabricantes. La meta —todavía no alcanzada— es cerrar finalmente el ciclo de producción al fabricar mangueras y baldes con las bolas de plástico.



Por la tarde, ASMARE se vuelve inusualmente tranquila, a excepción de un perro desnutrido que gruñe a los extraños y del constante rumar de las ratas en los montones de residuos sin clasificar. La mayoría de los trabajadores se encuentran congregados al otro extremo de la nave en la sala de juntas. En el interior, las voces se alzan, los improperios vuelan. El debate es sobre papel blanco. Los recicladores acaban de recibir parte de la empresa que compra su papel blanco amenazándolos con bajar el precio de cinco centavos de dólar la libra, ya que, según la compañía, está llegando lleno de grapas, pegamento y otros materiales de encuadernación. No hay máquinas para separar esas pequeñas partes del producto total; sólo las ásperas manos humanas que prefieren no usar guantes, porque de esa manera pueden palpar los materiales más íntimamente.

El alza y caída de los precios es una batalla continua para los recicladores ya sean independientes — aquellos que venden sus productos a intermediarios en centros de reciclaje — o aquellos que trabajan en cooperativas. Sin embargo, para estos últimos, cuyo principal objetivo ha sido mejorar sus condiciones económicas, la fluctuación incesante de sus ingresos es quizás más irónica.

Las cooperativas han llevado a los recicladores en Brasil al frente de las luchas sociales y han traído la promesa de dignidad y estabilidad a aquellos que una vez trabajaban y dormían en las calles bajo la amenaza de acoso policial. Durante sus ocho años en el cargo, el ex Presidente Luiz Inácio Lula da Silva hizo de los recicladores una de sus prioridades, firmando leyes y facilitando financiamiento a las cooperativas, para viviendas para gente de bajos ingresos y para la educación para los trabajadores y sus familias.

Sin embargo, incluso los recicladores que pertenecen a cooperativas carecen de estabilidad financiera. Brasil, milagrosamente, esquivó la crisis económica mundial —el desempleo se mantuvo bajo y la población consumió más que nunca— pero los recicladores se fueron para abajo como el resto del mundo. Incluso entre los trabajadores informales, los recicladores sufrieron la mayor caída económica de acuerdo con "Sin colchón que amortigüe la caída: La crisis económica global y los trabajadores de la economía informal" un estudio realizado por Mujeres en Empleo Informal: Globalizando y Organizando (WIEGO, por su sigla en inglés). Si bien las montañas de plástico, aluminio y papel continuaron creciendo, los precios de las materias primas siguieron cayendo al igual que los salarios de los recicladores.

Después de la crisis, los precios subieron de nuevo paulatinamente y los recicladores, que habían experimentado un auge en su sector antes que se fuera abajo, seguían lidiando con las secuelas de la crisis. No había controles o soportes para amortiguar el golpe si los precios cayeran a esos niveles nuevamente.

El debate es sobre papel blanco. Los recicladores acaban de recibir parte de la empresa que compra su papel blanco amenazándolos con bajar el precio de cinco centavos la libra, ya que, según la compañía, está llegando lleno de grapas, pegamento y otros materiales de encuadernación.

Doña Maria Brás es uno de los miembros fundadores de ASMARE; "una piedra fundacional que sólo muerta puedo salir", dice de sí misma. Su nombre es el único pintado con aerosol visiblemente en letras grandes en una especie de homenaje en una de las paredes azules del almacén.

Unos cuantos trabajadores entran y salen de la sala, agitados. Pero Doña Maria Brás se queda al margen, fuera de la discusión, en silencio en un pequeño armario en el interior de un amplio cuarto lleno a capacidad de papeles sin clasificar.

Doña Maria Brás es uno de los miembros fundadores de ASMARE; "una piedra fundacional que sólo muerta puedo salir", dice de sí misma. Su nombre es el único pintado con aerosol visiblemente en letras grandes en una especie de homenaje en una de las paredes azules del almacén.

Al final de la reunión, sale de su escondite con la noticia de que le duele su espalda. Ha trabajado la mayor parte de su turno ya, clasificando materiales reciclables cerca de diez horas bajo el techo corrugado del almacén. El resto de su jornada de trabajo implica empujar un carretón enorme por las calles y recoger materiales reciclados en puntos de negocios y residenciales designados para la colecta de materiales —una tarea que según ella es más fácil de lo que parece.

"Llevar el peso del carretón no es tan difícil", dice ella. "Se trata de aprender la técnica para manejar el peso." Por lo tanto, no le duele la espalda por cargar su carro de arriba a abajo por las calles empinadas, sino por el proceso de clasificación; una tarea que requiere agacharse durante horas y horas. Doña Maria Brás le pide a uno de sus compañeros de trabajo hacerse cargo del resto de su turno para poder regresar a casa un par de horas antes.

Hace veinte años, ir a casa todos los días era un lujo que Doña Maria Brás no tenía, dice mientras recoge sus pertenencias. Ella dormía, al igual que muchos recicladores independientes, en un campamento de personas sin hogar en la avenida, bajo un paso a desnivel. Llevar un carrito a casa en el autobús todos los días era imposible; no entraba por la puerta y no había ningún lugar seguro para dejarlo durante la noche. Era más sensato quedarse en la calle, donde podía dormir cerca de su carro, y vender durante la semana sus mercancías en los centros de reciclaje pequeños que pesan y pagan por los materiales en el acto. En el campamento, ella y sus vecinos hacían camas de cartón, encendían una fogata, y bebían licor para poder hacerle frente al próximo día.

Doña Maria Brás se sienta en un balde mientras espera a su pareja —un hombre alto, delgado, apuesto, de piel oscura, llamado José Carlos —mejor conocido como *Fumaça* o humo— quien también trabaja en ASMARE. Más



Vivir en la calle le permitió a Doña Maria dormir cerca de su carrito. Foto: S. Dias

bien compañeros que novio y novia, dice, los dos se conocieron al inicio de ASMARE. Para ese entonces, Doña Maria Brás ya había estado trabajando como recicladora independiente por 12 años. Su primer marido había muerto de cáncer y ella había dejado a su segundo esposo hacía muchos años. Como madre soltera, ella luchaba para cuidar a sus hijos.

"Si yo fuera a trabajar en algún local, tendría que pagarle a alguien para que cuidara a los niños", dice ella. Era un servicio que no podía costear. Así que un amigo la convenció de vender materiales reciclables.

Es cierto tipo de persona la que termina trabajando como reciclador, dicen muchos de ellos. Se trata a menudo de personas que han intentado otros trabajos, trabajos en los que han tenido jefes y no han sido capaces de seguir órdenes. A menudo son personas que no pueden trabajar en una oficina, personas que son profundamente independientes. Algunos son drogadictos o alcohólicos. Otros, como Doña Maria Brás, provienen de familias pobres y sin educación y encuentran que reciclar es una forma digna para alimentar a sus hijos.

"Yo conozco una manera en la que podrías cuidar de tus hijos, no estar sin ellos y ser capaz de criarlos" Doña Maria Brás recuerda lo que le decía su amigo a mediados de la década de 1970. "Ven a la calle conmigo. Yo trabajo con materiales reciclables. Te voy a enseñar."

Cuando los niños eran todavía pequeños, Doña Maria Brás los llevaba con ella a trabajar y a dormir junto a ella en las calles. Eventualmente, con la ayuda de una organización caritativa católica, ella pudo comprar un lote en un barrio lejano, y construir una casa, aunque ella seguía viviendo en el campamento y trabajando como recicladora. Cuando sus hijos eran adolescentes, los dejaba en casa durante la semana. Los fines de semana, guardaba su carro en el centro de reciclaje donde vendía sus productos, y tomaba el autobús a casa para poder estar con sus hijos. Para Doña Maria Brás, la calle resultó ser acogedora y las personas, que vivían en el campamento, serviciales. "Cuando alguien sufría, todo el mundo se unía para ayudar. El apoyo moral era colectivo", dice ella. Pero la sociedad no ofrecía las mismas protecciones.

Los intermediarios a los que los recicladores vendían los materiales reciclables que recolectaban pagaban poco. Al finalizar el año, recuerda Doña Maria Brás, lo único que los recicladores podían llevarse a casa era una botella de vino barato o aguardiente de caña de azúcar. "No éramos vistos como trabajadores, o seres humanos", dice. "Éramos perseguidos por todos los niveles de gobierno".

Las tensiones aumentaron cuando Doña Maria Brás y otros recicladores ocuparon un lote abandonado en el centro, el cual empezaron a utilizar como base de operaciones. Ahí llevaban los materiales reciclables para clasificarlos; ahí también dormían por la noche. El gobierno municipal trató de desalojarlos. Algunos recuerdan cómo los agentes policiales rociaban a los recicladores y sus materiales con mangueras. Fue entonces que miembros de una organización de caridad católica empezaron a aparecerse ahí. Conducían una furgoneta y recogían a los habitantes de la calle para llevarlos a refugios, recuerda Doña Maria Brás. "Y comenzaron a descubrir el sufrimiento de los recicladores".

Al principio, Doña Maria Brás y sus colegas eran escépticos de las buenas intenciones de las monjas y los trabajadores sociales que habían acudido a ayudar. "En aquel momento, estábamos muy asustados y éramos rebeldes", dice ella. "Cuando veíamos a alguien bien vestido y con un portapapeles, pensábamos que se trataba de gente del gobierno de la ciudad que venía a multarnos o a llevarse nuestras cosas. Tomábamos cuchillos o un palo".

Para Doña Maria Brás, la calle resultó ser acogedora y las personas, que vivían en el campamento, serviciales. "Cuando alguien sufría, todo el mundo se unía para ayudar. El apoyo moral era colectivo", dice ella. Pero la sociedad no ofrecía las mismas protecciones.

La mujer que está organizando la sesión de limpieza, demasiado ansiosa como para esperar hasta la mañana siguiente, inicia la clasificación de una bolsa grande llena de papel blanco... Separa el papel de otros materiales. Después de un rato, los dedos le empiezan a doler de tanto tirar y agarrar. Las manos se llenan de pequeñas cortadas y la sangre se mezcla con la suciedad y el aceite. El polvo le llena las fosas nasales y hace que le ardan los ojos.

Mientras los recicladores se dispersan por todo el almacén y en las calles, Doña Maria Brás y un puñado de trabajadores se reúnen en un círculo. Un trabajador, enfadado por la amenaza en torno a l precio del papel blanco, sugiere que todo el mundo llegue al día siguiente a las siete de la mañana para limpiar el papel blanco. "¿Van a llegar temprano mañana por la mañana ustedes?", pregunta a los rostros tensos reunidos. Varios trabajadores asienten con la cabeza a regañadientes.

"Tenemos que hacerlo para demostrar que hemos hecho el esfuerzo", dice Doña Maria Brás. La idea es que todo el mundo trabaje fuerte para deshacerse del exceso de material y persuadir al comprador de no bajar el precio del papel blanco.

Un hombre fornido sin camisa de piel morena con un caminar alegre pasa por ahí, con dos bolsas grandes de residuos de plástico. "No voy a hacer nada al respecto", dice. "No tenemos nada que ver con la caída en el precio del papel. Es la corrupción. Nos tienen a todos estresados y trabajando muy duro. No vale la pena".

Una joven de apenas unos veinte años con la cara y el cuerpo de una adolescente delgada, quien no obstante es madre, mira con impaciencia al hombre. "Hay algunas frutas podridas por aquí", dice, y rápidamente se cubre la boca con ambas manos como un niño que se siente culpable por haber dicho demasiado.

La mujer que está organizando la sesión de limpieza, demasiado ansiosa como para esperar hasta la mañana siguiente, inicia la clasificación de una bolsa grande llena de papel blanco. El comprador dijo que había demasiado pegamento en el material de modo que ella despega libros enteros para deshacerse del encuadernado. Hay cuadernos con tapas de plástico y fotografías. Separa el papel de otros materiales. Después de un rato, los dedos le empiezan a doler de tanto tirar y agarrar. Las manos se llenan de pequeñas cortadas y la sangre se mezcla con la suciedad y el aceite. El polvo le llena las fosas nasales y hace que ardan los ojos. La clasificación en las cooperativas de recicladores es un trabajo a menudo hecho por las mujeres, ya que muchas prefieren este trabajo constante y meticuloso a empujar o tirar de un carro pesado o el trabajo extenuante de la trituración de los plásticos en la máquina, ya que se vuelve muy pesado cuando está compactado. Algunas mujeres incluso dicen que es como una terapia, ya que consiguen olvidar sus difíciles vidas familiares y todas sus responsabilidades.

Doña Maria Brás está lista para irse a casa, así que entra en las duchas —una costumbre al final del día— y se lava. Dentro de los vestidores se oye el eco de las fuertes risas de las mujeres que se preparan apresuradamente para dejar el trabajo. Doña Maria Brás sale con una camisa limpia y modesta y pantalones verdes, llevando una bolsa de plástico llena de ropa sucia. Otras trabajadoras salen de las duchas arregladas con maquillaje y tacones altos, irreconocibles cuando salen a las calles del centro.



Antes de irse de ASMARE, Doña Maria Brás y Fumaça recogen una caja de frijoles que ha sido donada a la cooperativa. Cuando se disponen a salir por el portón, una rata se escurre por el concreto. Fumaça la pateo, la recoge en una caja, y al cruzar la Avenida do Contorno, la tira al río Arrudas y mira mientras flota hacia el este.

En el camino a casa hay talleres de reparación de automóviles y motocicletas, tiendas de aparatos electrónicos, tiendas de neumáticos, iglesias evangélicas y bares con borrachos que se sientan en sillas de plástico bebiendo cerveza

barata en la brisa fresca. El sol se pone sobre el ir y venir del tráfico de autobuses y grandes camiones, transformando el cielo manchado de smog en el bello horizonte por el que la ciudad recibió su nombre. Doña Maria Brás duerme, la cabeza apoyada en el asiento de plástico duro; todavía le falta tomar otro autobús.

«El 9 de enero, mayor rapidez y mejor economía para los que viajan en autobús en el barrio de Barreiro», reza un cartel en el interior del autobús, en referencia a un nuevo tipo de traslado en autobús para los que viven en ese barrio distante. Muchas personas que no pueden darse el lujo de vivir en el centro se desplazan de zonas lejanas a sus trabajos, a menudo tomando de dos a tres autobuses, pagando por separado por cada uno de ellos. Barreiro es uno de los barrios más alejados, y Doña Maria Brás y Fumaça hacen el recorrido todos los días. Por suerte, como miembros de la cooperativa ASMARE, los dos reciben pases de autobús gratuitos como parte de sus beneficios.

Cuando el autobús se detiene, los dos cruzan la calle y entran a la parada de autobuses en donde tomarán el siguiente. El primer autobús que llega está demasiado lleno, según Doña Maria Brás, quien dice que no podría soportar el viaje de pie a causa del dolor en la espalda. La pareja espera en la fila delineada por una cuerda. El último autobús deja a la pareja a corta distancia de su casa. Les ha tomado casi dos horas llegar. Pero antes de llegar a casa, Fumaça murmura que va a parar en la tienda. Ella le pide que traiga un litro de refresco. “Va a beber Cachaça”, dice Doña Maria Brás, refiriéndose al aguardiente brasileño de caña de azúcar.

Ella se acerca al portón de su casa. “No nos juzgue. Somos pobres”, dice ella.

Ella arregla sus cosas y empieza a sacar ollas llenas de frijoles y arroz cocido que preparó el fin de semana porque hay poco tiempo para cocinar durante la semana. La mayoría de los días, ella y Fumaça llegan a casa alrededor de las 10:00 de la noche y se levantan a las 5:30 de la mañana.

Sentada en el sofá, Doña Maria Brás corta en rodajas tomates y cebolla y vierte vinagre blanco y sal sobre ellos. Luego fríe trozos de carne de lata y enciende el televisor. Para cuando apaga los quemadores, Fumaça entra tambaleándose en la cocina con el refresco que le pidió Doña Maria Brás. Ella le insta a servirse comida. “Ya sabes que yo no soy de buen comer”, dice él. “Para lo que eres bueno es para beber”, dice ella. Sin embargo, Fumaça se sirve un plato pequeño y se sienta.

“Esta es una casa de gente pobre”, dice Fumaça. “Pero vamos a tener nuestro apartamento pronto”. Él está en la lista de espera de la Bolsa Moradia del presidente Lula, el programa federal de vivienda para personas de ingresos bajos. Aspiran vivir en un lugar mejor. Aquí, manchas negras de moho cubren las paredes, ventanas y techos, y la electricidad se va a menudo, como esta noche. Escamas de pintura, cubiertas de moho, caen del techo sobre la cama. El aire es notablemente más pesado y es difícil de respirar.

Fumaça, aun animado y mientras come su cena, recuerda la vez que fue a São Paulo a una conferencia internacional con cientos de recicladores de todas partes del mundo. Recuerda haber tomado notas sobre la tecnología del biogás, el gas que se extrae del metano y el bióxido de carbono producido en el relleno sanitario. Aprendió sobre el creciente movimiento contra la incineración, un proceso que amenaza los medios de sustento de los recicladores y libera contaminantes en el aire.

Fumaça ve Big Brother, un reality show doblado al portugués, en el que las estrellas del programa de televisión conviven aisladas del mundo exterior y son

Fumaça, aun animado y mientras come su cena, recuerda la vez que fue a São Paulo a una conferencia internacional con cientos de recicladores de todas partes del mundo. Recuerda haber tomado notas sobre la tecnología del biogás, el gas que se extrae del metano y el bióxido de carbono producido en el relleno sanitario. Aprendió sobre el creciente movimiento contra la incineración, un proceso que amenaza los medios de sustento de los recicladores y libera contaminantes en el aire.

“Ella era una líder cuyos alegres cantos resuenan aún en mi mente, cuya fuerza y voluntad de lucha junto a sus compañeros recicladores inspiró a muchos. Cuando pienso en la alegría que mostró en los carnavales de recicladores en los que bailamos juntas, me recuerda que la lucha de los recicladores para el reconocimiento complementa el concepto de ciudadanía para todos nosotros”.

– Sonia Dias

constantemente miradas por cámaras. Cambia el canal a una telenovela sobre una mujer paralizada de la cintura para abajo. El hombre que la ama debe defender su amor por su ahora novia en silla de ruedas frente a su madre, una mujer sobreprotectora preocupada por el estatus social de la familia. Un poco antes de la medianoche, Doña Maria Brás se queda dormida sobre un colchón en el suelo con la ropa puesta.

Doña Maria Brás decía sobre su trabajo en ASMARE: "Soy una piedra fundacional aquí. Sólo muerta puedo salir". Sus palabras resultaron proféticas. Inesperadamente, en marzo de este año, luego de que ella y Fumaça se habían mudado a su nuevo apartamento, Doña Maria Brás murió de un ataque al corazón.

En la mañana de su funeral, los recicladores de ASMARE se reunieron en el almacén. Habían organizado y pagado para que dos autobuses y una furgoneta pasara a recogerlos y los llevara a la iglesia del barrio de Doña Maria Brás. Cuatro coches llenos de familiares y amigos siguieron el cortejo fúnebre. "La gente estaba muy afligida", dijo Luiz Henrique da Silva, un reciclador. "Ella era una de las fundadoras y de las más fuertes partidarias de ASMARE".

Godoy, el presidente de ASMARE y un reciclador, dijo que el día de su muerte y el día de su funeral se detuvo el almacén. "Fue un día duro perderla. Nadie esperaba que esto sucediera", dijo Godoy en una entrevista telefónica. "Pero éstas son las cosas de la vida. Vamos a seguir haciendo lo que Doña Maria hizo. Ella tenía un historial de lucha".

Los hijos de Doña Maria Brás siguen trabajando en ASMARE. Fumaça, si bien sigue luchando con su alcoholismo, está recibiendo tratamiento. Una de las ventajas cruciales de trabajar en una cooperativa es el apoyo entre los miembros en momentos de necesidad o de crisis. Los miembros han contribuido con dinero a la familia de Maria Brás y trajeron psicólogos al almacén para facilitar ayuda psicológica a los miembros de su familia.



Doña Maria Brás (a la derecha) con su hijo. Foto: S. Dias



Women in Informal Employment
Globalizing and Organizing

Sobre WIEGO: Mujeres en Empleo Informal: Globalizando y Organizando es una red global dedicada a la acción, la investigación y las políticas que busca mejorar el estatus de los trabajadores pobres, especialmente mujeres, en la economía informal. WIEGO atrae a su membresía de organizaciones con base de miembros de trabajadores informales, investigadores y estadísticos que trabajan sobre la economía informal. Para más información, consulte: www.wiego.org.